

En memoria de aquellos junto a los que vi cohetes en el cielo, en el camino entre Erize-la-Petite y Erize-la-Grande, en aquel crepúsculo a principios de agosto del verano de 1917.

CAPÍTULO I

En el enorme cobertizo del muelle, atestado de cestos y maletas e interceptado por pasamanos que conducen hasta los buques que hay a ambos costados, una banda de música está interpretando una chillona melodía hawaiana; las gentes danzan por entre las pilas de cajas y baúles. Hay gran abundancia de uniformes color caqui y numerosos jóvenes están agrupados riendo y charlando en voces exaltadas por la emoción. A la luz pardusca del muelle, repleto de hileras de cajas amarillas, barriles y sacos, invadido por el barullo de las grúas, entre las que serpentea la alegre y trivial tonada hawaiana, se ve gran profusión de vestidos alegres, sombreros femeninos de brillante colorido y pañuelos blancos.

El eco retumbante del silbido del buque ahoga todos los demás sonidos.

Cuando este se apaga, el alboroto de las despedidas se eleva agudamente. Los pañuelos blancos se agitan a la luz pardusca del cobertizo. Los cabos rechinan en las poleas mientras se izan los pasamanos.

De nuevo en el embarcadero se produce un revuelo de pañuelos blancos, vítores y trajes alegres. Sobre la construcción del muelle se despliega una bandera triunfante contra el firmamento celeste de la tarde.

Los edificios de Nueva York, amarillo rosáceos y púrpura amarillentos, se elevan en una pirámide sobre manchas os-

curas de humo flotando encima del agua, que se une a tierra por medio de las negruzcas curvas de los puentes.

De vez en cuando llega una ráfaga salada del mar en la fresca brisa del puerto.

Martin Howe está de pie en la popa que se mece con el vibrante impulso de la hélice.

Un chico que se encuentra junto a él se vuelve y le pregunta con voz temblorosa:

—¿Es tu primera travesía?

—Sí... ¿También la tuya?

—Sí... jamás me vino la idea de que a los diecinueve años estaría atravesando el Atlántico para ir a una guerra en Francia.

El muchacho se detuvo bruscamente y se sonrojó; luego, tragando saliva, añadió:

—Debe de ser la hora del almuerzo.

¡Dios ampare al káiser Bill!

El vie-e-ejo Tío Sam

tiene la caballería,

tiene la infantería,

tiene la artillería;

¡Y así, voto a Dios, iremos todos a Alemania!

¡Dios ampare al káiser Bill!

Las ventanas de la sala de fumar se cubren con unas cubiertas de hierro para impedir que asome ninguna luz. El ambiente, por tanto, está denso con el humo del tabaco y el olor a cerveza y champaña. En un ángulo, unos hombres sin chaqueta están jugando al póquer. Todas las sillas están ocupadas por jóvenes sentados con las piernas extendidas,

siguiendo con sus pies el compás y aporreando las mesas con los puños hasta hacer brincar las botellas.

¡Dios ampare al káiser Bill!

El color del cielo y el mar es gris irisado. Martin está tendido en la cubierta de proa del buque, junto a un libro cerrado. Jamás se había sentido tan feliz. El futuro no tiene significado alguno para él, el pasado tampoco significa nada. Toda su vida se ve borrada por la grisácea languidez de las aguas y el suave oleaje en torno a la proa del buque, mientras este surca el anchuroso mar en dirección al este. La tibia humedad de la corriente del Golfo empapa sus ropas y los mechones que le caen sobre la frente. En torno al buque hay varias marsopas brincando perezosamente en la marejada y unos peces voladores deslizándose de una ola grisácea a otra, mientras la proa se iza y se hunde suavemente al compás ondulante de las olas que se rompen contra el casco.

Martin se ha quedado dormido. Como a través de infinitas brumas grisáceas, reflexiona acerca de los intensos odios y los desesperados anhelos de su vida. Ahora parece que ha vuelto la página y que ante sus ojos se extiende una hoja limpia y en blanco. Por fin han sucedido cosas.

Y muy débilmente, como música que se escucha a través del sonido del agua al atardecer, confundiéndose en extrañas armonías, sus antiguas consignas le rondan un poco la mente. Como la roja llama del crepúsculo prendiendo fuego al irisado cielo y mar, la vieja exaltación, la vieja llama que consumiría todas las mentiras del mundo hasta reducirlas a cenizas, el trompetazo bajo el que se desplomarían las murallas de Jericó, se agita y anida en las entrañas de su oscura

languidez. La proa se iza y se hunde suavemente al compás ondulante de las olas que se rompen contra el casco, mientras el vapor surca el anchuroso mar de la corriente del Golfo, en dirección al este.

—¿Ves a ese tipo, a ese sujeto con el sombrero de paja? Anoche perdió quinientos dólares jugando a los dados.

—¡Menudas apuestas!

Es casi de noche. Cielo y mar resplandecen envueltos en un tono rosado, oscurecido por el oeste en un frío verde azulado. En un extremo de la cubierta hay un grupo de hombres formando un círculo en torno a uno que agita los dados con un extraño temblor nervioso, hasta lanzarlos rodando por cubierta con un chasquido de los dedos.

—Ha salido el siete.

Del salón de fumar proviene un sonido de voces cantando y vasos golpeados sobre las mesas.

*Vamos a la feria de Hamburgo,
a ver el elefante y el canguro salvaje,
e iremos todos juntos,
haga bueno o haga malo,
¡para ver el maldito espectáculo!*

Un joven está sentado en el sofá haciendo tintinear el hielo en su vaso de whisky con soda, mientras dice:

—No pueden hacer nada contra este nuevo gas... Te corroe los pulmones como si estuviesen podridos dentro de un cadáver. En los hospitales, se limitan a sostener a los pobres diablos contra una pared y los dejan morir. Dicen que su piel se torna verde y que tardan de cinco a siete días en morir, cinco o siete días asfixiándose lentamente.

—¡Oh!, pero a mí me parece espléndido —dijo ella esbozando una sonrisa y mostrando una dentadura blanca y regular como las de la vitrina de un dentista— que ustedes hayan venido hasta aquí para ayudar a Francia.

—Tal vez sea solo por curiosidad —murmuró Martin.

—¡Oh, no...! Es demasiado modesto... Lo que quise decir es que me parece espléndido que hayan comprendido los puntos en cuestión... Ese es mi parecer. Dije a papá que yo debía venir a aportar mi granito de arena, como dicen los ingleses.

—¿Qué va usted a hacer?

—Algo en París. No lo sé exactamente, pero le aseguro que será algo de provecho. —Le sonrió de manera provocativa. —De haber nacido hombre, ya me habría echado el fusil al hombro el primer día; vaya que sí.

—Pero entonces los acontecimientos todavía no estaban... claros —se aventuró a decir Martin.

—No era necesario que lo estuviesen. Odio a esos salvajes. Siempre he sentido odio por los alemanes, su lengua, su país, todo lo que se refiere a ellos. Y, después de haber cometido tantas barbaridades...

—Me pregunto si será todo verdad...

—¡Verdad! Por supuesto que todo es verdad, y mucho más que no han publicado, porque a la gente le da vergüenza decirlo.

—Han ido bastante lejos —repuso Martin soltando una carcajada.

—Si todavía quedan algunos después de la guerra, deberían ser cloroformizados... Y, verdaderamente, no creo que sea patriótico ni caritativo tomarse las atrocidades tan a la

ligera... Pero, de veras, debe disculparme si le parezco incorrecta; me excito y sulfuro tanto cuando pienso en esas cosas tan terribles... Me sacan de quicio; estoy convencida de que, en el fondo, a usted le ocurre lo mismo... Cualquiera persona sensible se sentiría igual.

—Solo que yo dudo...

—¡Pues con eso les hace el juego a ellos...! ¡Oh, Dios mío! Tan solo de pensarlo, me pongo fuera de mis casillas. —Se llevó su pequeña mano enguantada a su sonrosada mejilla con un gesto de horror y se acomodó en su silla de cubierta. —De veras, no debería hablar de ello. Cuando lo hago, pierdo el control. Los odio tanto, que me pongo enferma... ¡Los muy canallas! ¡Los muy hunos! Déjeme que le cuente una historia... Sé que hará que le hierva la sangre. Además, es completamente auténtica. La oí, antes de abandonar Nueva York, de labios de una chica que es realmente la mejor amiga que tengo en el mundo. Ella la oyó de una amiga suya que la había oído directamente de labios de una pequeña muchacha belga, pobrecita, que estaba en aquellos días en el convento...

—¡Oh!, no sé por qué se toman tantas molestias en hacerlos prisioneros; yo los mataría a todos como si fuesen perros rabiosos.

—¿Cuál es esa historia?

—¡Oh!, no puedo contarla. Me afecta demasiado... No, eso es una tontería; debo empezar a enfrentarme con las realidades... Los ulanos irrumpieron en ese convento justamente cuando los alemanes se apoderaron de Brujas... Pero creo que fue en Lovaina, no Brujas... Tengo una memoria terrible para los nombres... Bien, atacaron el convento y cogieron a todas esas desdichadas e indefensas muchachas...